Esta Iglesia, establecida y organizada en este mundo como una sociedad, *subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él*, si bien fuera de su estructura se encuentren muchos elementos de santidad y verdad que, como bienes propios de la Iglesia de Cristo, impelen hacia la unidad católica».

La Iglesia católica ha cumplido a través de los siglos su divina misión en forma maravillosa. Con razón dice el concilio Vaticano I (11):

«La Iglesia por sí misma, es decir, por su admirable propagación, eximia santidad e inexhausta fecundidad en toda suerte de bienes, por su unidad católica y su invicta estabilidad, es un grande y perpetuo motivo de credibilidad y testimonio irrefragable de su divina legación.»

Son inmensos los beneficios espirituales y aun materiales que ha recibido la humanidad entera de la Iglesia fundada por Jesucristo. El gran pontífice León XIII comenzó una de sus más famosas encíclicas con estas impresionantes palabras (12):

«Obra inmortal de Dios misericordioso es su Iglesia, la cual, aunque de por sí y por su propia naturaleza atiende a la salvación de las almas y a que alcancen la felicidad en los cielos, todavía un dentro del dominio de las cosas caducas y terrenales procura tantos y tan señalados bienes, que ni más en número ni

(11) Concilio Vaticano I, sesión III, cap. 3 (Denz 1974).
(12) León XIII, encíclica *Immortale Dei*s ASS 18, p. 161 ss.

mejores en calidad resultarían si el primer y principal objeto de su institución fuese asegurar la prosperidad de esta presente vida.

»A la verdad, dondequiera que puso la Iglesia el pie, hizo al punto cambiar el estado de las cosas; informó las costumbres con virtudes antes desconocidas e implantó en la sociedad civil una nueva cultura, que a los pueblos que la recibieron aventajó y ensalzó sobre los demás por la muchedumbre, la equidad y la gloria de las empresas.»

Nunca agradeceremos bastante a la infinita liberalidad de Dios la fundación de la Iglesia católica, realizada por su divino Hijo, el Redentor del mundo, para llenarnos a todos de gracias y bendiciones celestiales.

g) Los sacramentos

La santa Iglesia nos aplica los frutos de la redención de Cristo principalmente a través de los sacramentos, que son una nueva manifestación del amor infinito con que Dios nos ama.

Los sacramentos son unos «signos sensibles instituidos por nuestro Señor Jesucristo para significar y producir la gracia santificante en los que los reciben dignamente» (Denz 849).

Son siete, ni más ni menos (Denz 844). Cinco de ellos se llaman sacramentos *de vivos,* porque hay que recibirlos en gracia de Dios (o sea, con el alma ya en posesión de la vida sobrenatural) y tienen por finalidad *aumentar* en el alma la gracia santificante. Los otros dos se llaman *de muertos,* porque suponen al alma muerta por el

pecado, y tienen por finalidad *darle o devolverle* la vida de la gracia. Los de vivos son: *confirmación, eucaristía, extremaunción, orden y matrimonio.* Los de muertos son el *bautismo* y la *penitencia.* Estos últimos pueden recibirse también cuando el alma está ya en gracia (v.gr. por un previo acto de perfecta contrición o de amor perfecto de Dios), en cuyo caso le *aumentan* esa vida que ya posee, como si se tratara de sacramentos de vivos.

Los sacramentos confieren la gracia *por sí mismos —ex opere operato,* dice el concilio de Trento (Denz 851)— o sea, por su propia virtud intrínseca, como el fuego quema por sí mismo. Pero la cantidad o grado de gracia que en cada caso confieren depende de las disposiciones del que los recibe (Denz 799). A mayor fervor en la disposición corresponde mayor grado de gracia en la recepción del sacramento. Es clásico el ejemplo de la fuente y el vaso: la cantidad de agua que se recoge depende del tamaño del vaso que la recibe. Ahora bien: el vaso de nuestra alma se ensancha con la intensidad del fervor o devoción.

Entre todos los sacramentos destaca, como centro y fin de todos ellos, la santísima Eucaristía. La comunión, al darnos enteramente a Cristo con su cuerpo, alma y divinidad, pone a nuestra disposición los infinitos tesoros de santidad, de sabiduría y de ciencia encerrados en Él. Y juntamente con Cristo, Verbo encarnado, se nos dan en la Eucaristía las otras dos divinas Personas de la Santísima Trinidad, el Padre y el Espíritu

Santo, en virtud del inefable misterio de la *circuminsesión*, que las hace absolutamente inseparables. Donde está una de las tres divinas Personas están, necesariamente, las otras dos. La Eucaristía, por lo mismo, representa para nosotros un tesoro infinito que el amor inefable de Dios nos entrega en propiedad. «No te llames pobre, teniéndome a mí», dijo el Señor a un alma que se quejaba de su pobreza. Jamás sabremos agradecer bastante esta dádiva divina y nunca acertaremos a corresponder, por mucho que intensifiquemos el nuestro, al amor infinito con que Cristo nos amó al instituir el sacramento adorable de nuestros altares.

* * *

Hasta ahora hemos examinado los principales beneficios naturales y sobrenaturales que el género humano ha recibido de Dios y que constituyen otros tantos motivos para excitar en nosotros el amor a Dios porque «nobleza obliga» y «amor con amor se paga». Pero todavía nos quedan por examinar dos cosas importantísimas; la multitud innumerable de *gracias particulares* que cada uno de nosotros ha recibido de Dios individualmente, y la *futura gloria eterna* que nos espera más allá de esta vida, si tenemos la dicha inenarrable de morir en gracia de Dios.

5.° LAS GRACIAS PARTICULARES

Inmensos son, como acabamos de ver, los beneficios naturales y sobrenaturales que Dios ha

prodigado sobre la humanidad ingrata y pecadora. Pero a todos esos beneficios generales hemos de añadir cada uno de nosotros la serie impresionante de beneficios *particulares,* tanto de orden natural como sobrenatural, que hemos recibido de Dios con preferencia a otros muchos seres humanos.

He aquí una breve lista de esos beneficios *particulares,* que cada uno debe completar con aportaciones íntimas que sólo nosotros mismos conocemos y que permanecen ocultas y enteramente desconocidas por todos los demás.

1.° Hemos nacido en una nación católica, en una familia cristiana, de la que hemos heredado el tesoro infinito de la fe sin esfuerzo alguno por nuestra parte.

Este beneficio inmenso, el mayor en cierto modo de los que hemos recibido de Dios, supone para nosotros un misterio inefable de predilección divina. En la actualidad hay en el mundo unos *tres mil millones* de paganos, que no han recibido la fe católica, ni siquiera la cristiana. Si desfilaran día y noche delante de nosotros a razón de *cien por minuto,* duraría el desfile ¡algo más de 57 años! Ninguno de ellos está bautizado, y la mayoría de ellos ni siquiera han oído hablar jamás de nuestro Señor Jesucristo ni de la Virgen María.

2.° Apenas venidos al mundo, recibimos el agua limpia y cristalina del *bautismo,* que nos quitó el pecado original, nos infundió la gracia santificante, con las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo y nos hizo verdaderos Templos de Dios por la inhabitación amorosa de la

Santísima Trinidad en lo más íntimo de nuestras almas. Ninguno de aquellos tres mil millones de paganos recibió semejantes inmensas gracias.

3.º Desde pequeñitos fuimos educados en un ambiente cristiano. Nuestra madre nos enseñó a pronunciar los nombres de Jesús y de María, a trazar sobre nosotros la señal de la cruz, a rezar las primeras oraciones del cristiano. Nos llevaron a la Iglesia, recibimos las divinas enseñanzas del catecismo, hicimos nuestra primera comunión, recibimos el admirable sacramento de la *confirmación,* que nos hizo soldados de Cristo y apóstoles de la fe.

4.º Apenas abiertos los ojos a la luz de la razón, comenzamos a ofender a Dios y a cometer toda clase de faltas y pecados. Pero estuvo a nuestra disposición, cuantas veces quisimos, el gran sacramento de la *penitencia,* que nos devolvía la paz del alma con la seguridad del perdón divino. Inmensa misericordia, que nunca agradeceremos bastante.

5.º Hemos recibido, o hubiéramos podido recibir si hubiéramos querido, centenares y millares de veces el santísimo sacramento de la *Eucaristía,* tesoro divino que nos va aumentando la gracia y, por lo mismo, el grado de la futura gloria eterna. El cuerpo del cristiano es como una hucha en la que, por la ranura de la boca, se van depositando las blancas monedas de las sagradas formas eucarísticas, que serán cambiadas por una gloria inmensa en los bancos del cielo.

¡Y pensar que muchos cristianos descuidan la co-

munión diaria, entretenidos en acumular monedas de la tierra *para setenta u ochenta años*, en vez de hacerse millonarios en el cielo *para toda la eternidad*! ¡Increíble ceguera, que a tantos tiene alucinados!

6.° Imposible recordar, ni siquiera a grandes rasgos, el cúmulo de gracias particulares recibidas en forma de *inspiraciones interiores* —muchas de las cuales permanecieron inadvertidas, como tales, por nosotros mismos, aunque nos vinieron ciertamente de Dios—, a las que debemos una serie de aciertos y el haber evitado una serie de equivocaciones cuyo alcance y magnitud solamente conoce Dios.

7.° Añádase a esto la *vocación* al estado de vida que Dios escogió para nosotros. Aunque en el orden objetivo es evidente que la vocación religiosa o sacerdotal es una gracia insigne muy superior a la del matrimonio (13), también esta última es un don de Dios y puede constituir un medio excelente de santificación si se saben extraer las profundas virtualidades de ese «gran sacramento» como le llama San Pablo (Ef. 5,32). Todos son dones de Dios, y el mejor camino lo constituye para cada uno el que Dios ha querido para él.

8.° Prescindimos aquí de los beneficios de orden puramente temporal que quizá hayamos recibido de Dios a manos llenas: la salud (¡cuántos enfermos en los hospitales, cuánto dolor en millones de hogares!), el talento, el bienestar ma-

(13) Cf. Pío XII, encíclica *Sacra virginitas*, del 25 de marzo de 1954 (Denz 2350).

terial, la posición social, la abundancia de medios humanos... Si bien, considerados desde el punto de vista estrictamente sobrenatural —que es el que nos da la visión real de las cosas y su verdadera perspectiva ante Dios— hay que considerar todavía como mayores y mejores dones de Dios la enfermedad, la pobreza, la humillación, el hambre y la desnudez, la persecución y la calumnia, etc., etc. Pero para esto hay que tener mucha grandeza de alma y una gran clarividencia sobrenatural para ver las cosas como son en realidad y saber elevar los ojos al cielo para agradecer a Dios —como supieron hacer los santos— la inmensa dignación de habernos visitado con el dolor, haciéndonos más semejantes a su Hijo muy amado que llevó en este mundo una vida pobre y llena de privaciones, hasta morir clavado en la cruz por nuestro amor.

6.º LA FUTURA GLORIA ETERNA

El último y, en definitiva, el más grande de los beneficios sobrenaturales que Dios nos tiene preparados, y que nos concederá infaliblemente si nosotros no nos hacemos voluntariamente indignos de él por el pecado, es la *gloria eterna,* a la que se ordena, como fin último relativo, todo el organismo sobrenatural de la gracia.

La felicidad eterna —subordinada a la gloria de Dios, fin último y absoluto de la creación universal— es el fin sobrenatural relativo que Dios ha querido asignar a todo el género humano de

una manera completamente gratuita y misericordiosa, que no era exigida en modo alguno por la simple naturaleza humana.

El cielo constituirá la felicidad plena, perfecta y eterna del hombre. Es «el conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno». El cuerpo y el alma del bienaventurado se sumergirán materialmente en un océano de felicidad que saciará, con infinita plenitud y hartura, la sed devoradora de felicidad que atormenta en esta vida el corazón del hombre.

San Agustín describe la gloria eterna a la que estamos destinados con estas tres palabras: *veremos, amaremos, gozaremos*. He aquí un breve comentario a cada una de ellas:

a) *Veremos.* — El evangelista San Juan dice que en el cielo «veremos a Dios tal como es» (1 Jn. 3, 2). Ello será posible, como enseña la teología católica, gracias al *lumen gloriae*, que elevará y perfeccionará sobrenaturalmente el entendimiento de los bienaventurados para que puedan ver a Dios directa e inmediatamente tal como es en sí mismo, cara a cara, como dice San Pablo: «Ahora vemos por un espejo y oscuramente, entonces veremos *cara a cara*» (1 Cor. 13, 12). El *lumen gloriae* reforzará sobrenaturalmente la potencia de nuestro entendimiento para que pueda unirse *directa e inmediatamente con la esencia misma de Dios*, sin ninguna idea o especie inteligible intermedia. De esta manera, el entendimiento del bienaventurado, sin perder su propia naturaleza, quedará como *fusionado* con la misma esencia de Dios (14).

Cuanta sea la grandeza de este don, no podemos

(14) Cf. I, 12, 1-13.

comprenderlo acá en la tierra. Nos admiramos, y con razón, de nuestra dignidad de hijos de Dios por la gracia santificante, pero «aún no se ha manifestado lo que hemos de ser» (1 Jn. 3, 2). Ahora somos «como niños recién nacidos» (1 Petr. 2, 2), como «niños en Cristo» (1 Cor. 3, 1). Pero «cuando llegue el fin, desaparecerá eso que es imperfecto» (1 Cor. 13, 10). Habremos llegado a «varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo» (Ef. 4, 13). En una palabra, «seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es» (1 Jn. 3, 2). En un sentido incomparablemente más profundo y verdadero se cumplirá la magnífica promesa del demonio a Adán y Eva en el paraíso: «Seréis como Dios» (Gen. 3, 5).

Pensemos, para vislumbrar un poco estas divinas realidades, en el éxtasis de San Pedro en el monte Tabor al contemplar un rayo de la divinidad de Cristo transfigurado: «Señor, ¡qué bien estamos aquí» (Mt. 17, 4). Recordemos el sublime rapto de San Pablo en el que «si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe, fui arrebatado al paraíso y oí palabras inefables que el hombre no puede decir» (2 Cor. 12, 3-4). Recordemos los éxtasis místicos de Santa Catalina de Siena, de Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz... y ni con todo ello podremos formarnos la menor idea de lo que contemplaemos en el cielo cuando seamos «como los ángeles de Dios» (Mt. 22, 30), que «ven continuamente la faz del Padre, que está en los cielos» (Mt. 18, 10).

b) *Amaremos.* — En el cielo amaremos a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas, porque le veremos tal como es y su infinita hermosura arrebatará nuestra alma en un éxtasis inmenso. Veremos clarísimamente que Él es el *Bien infinito,* el Bien de todos los bienes y nuestro corazón se encenderá en las lla-

mas del divino amor con una intensidad increíble. Y, a su vez, Dios corresponderá a nuestro amor amándonos con un *amor infinito,* el mismo con que el Padre ama al Hijo y el Hijo ama al Padre en la unidad del Espíritu Santo, asociándoles de manera inefable a lo más hondo del misterio trinitario que constituye la felicidad misma de Dios.

c) *Gozaremos.* — «El gozo es pleno —dice Santo Tomás (15)— cuando ya no queda nada por desear». Mientras permanecemos en este mundo, es imposible alcanzarlo plenamente, puesto que todavía no poseemos a Dios por la visión y el gozo beatíficos. «Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón anda inquieto y desasosegado hasta que descansa en ti», decía con razón San Agustín (16). Pero en el cielo nada quedará por desear, puesto que poseeremos plenamente el goce fruitivo del mismo Dios. «Sácianse de la abundancia de tu casa, y los abrevas en el torrente de tus deleites» (Sal. 35, 9). Este gozo es tan pleno y desbordante, que no cabe dentro del corazón del hombre; por eso hay que decir que no entrará el gozo en el hombre, sino más bien que el hombre se sumergerá para siempre en el gozo mismo de Dios, según aquello del Evangelio: «Entra en el gozo de tu Señor» (Mt. 25, 21).

Tal es el panorama deslumbrador que nos aguarda más allá de esta pobre vida si somos fieles a Dios. Verdaderamente, «ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (1 Cor. 2,9).

(15) Cf. II-II, 28, 3.
(16) San Agustín, Confesiones, I, c. 1.

SEGUNDA PARTE

PRACTICA DEL AMOR A DIOS

Examinados los principales motivos que tenemos para amar a Dios, veamos ahora de qué manera hemos de practicar el gran precepto del amor. Dividiremos la materia en dos artículos:

1.º El amor afectivo a Dios.
2.º El amor efectivo.

ARTICULO I

El amor afectivo a Dios

Ante todo es preciso explicar qué se entiende por amor *afectivo* y *efectivo*. Por amor *afectivo* se entiende, sencillamente, *el ejercicio mismo del amor*, o sea, el acto mismo de amar como acto propio de la voluntad. Y por amor *efectivo* se entiende *el cumplimiento perfecto de los preceptos divinos* como prueba o manifestación externa de nuestro amor interior.

En este artículo vamos a examinar las diferentes formas de amor *afectivo*, dejando para el siguiente las relativas al amor *efectivo*.

Nuestro estudio abarcará los siguientes puntos fundamentales:

1.º Importancia y necesidad del amor afectivo.

2.º Sus diferentes formas.

I. IMPORTANCIA Y NECESIDAD DEL AMOR AFECTIVO

a) *Importancia.* — De las dos formas del amor, el más importante y santificador es, sin duda alguna el amor *afectivo*. Consiste, como hemos dicho, en el ejercicio mismo del amor a Dios tal como brota de la voluntad informada por la virtud sobrenatural de la caridad, o sea, del alma en gracia de Dios. Este impulso del amor afectivo procedente de la gracia y de la caridad, es lo que da valor y mérito sobrenatural a las demás obras de virtud. Si el alma estuviera en pecado motral, o sea, privada de la gracia santificante, estaría radicalmente incapacitada para realizar el menor acto sobrenatural y meritorio ante Dios. En cambio, un acto insignificante de virtud, pero realizado por Dios con un gran impulso de amor *afectivo*, vale más y es incomparablemente más meritorio ante Él que cualquier obra de celo solemne y aparatosa, pero realizada con poca caridad o amor interior.

b) *Necesidad.* — El amor afectivo hacia Dios constituye el primero y el mayor de todos los mandamientos de la Ley de Dios: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento»» (Mt. 22, 37-38). A esta fórmula de San Mateo añaden San Marcos y San Lucas la expresión «y con todas tus fuerzas» (Mc. 12,30; Lc. 10,27). Escuchemos a Santo Tomás explicando admirablemente el sentido de esas diferentes expresiones (1):

«Este mandamiento se encuentra transmitido de diversas maneras en diferentes lugares. Pues en el Deuterenomio se consignan tres cosas: "Con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas" (Deut. 6, 5). En San Mateo se ponen dos: "Con todo el corazón y con toda el alma", y se omite "con todas las fuerzas", añadiéndose, en cambio, "con toda tu mente" (Mt. 22, 37). San Marcos trae cuatro: "Con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todo el poder", que es lo mismo que "fuerzas" (Mc. 12, 30). Y lo mismo San Lucas, aunque, en lugar de "fuerzas" o de "poder" emplea la expresión "con todas tus energías" (Lc. 10, 27). Por lo cual hay que asignar razón a las cuatro, porque, si en algún lugar se omite alguna de ellas, es por sobreentenderse en las otras.

Así, pues, hay que tener presente que el amor es acto de la voluntad, significada aquí por «corazón»; pues así como el corazón es principio de todos los movimientos corporales, así también la voluntad es principio de todas las tendencias espirituales.

Ahora bien: tres son los principios de los actos mo-

(1) Cf. II-II, 44, 5.

vidos por la voluntad: el *entendimiento*, significado por «la mente»; la *potencia apetitiva interior*, significada por «el alma», y la *potencia ejecutiva exterior*, significada por «fuerzas», «poder» o «energías».

Se nos intima, pues:

a) *Que toda nuestra intención recaiga sobre Dios*, lo cual es amarle «con todo el corazón».

b) *Que nuestro entendimiento se someta enteramente a Dios*, lo cual es amarle «con toda la mente».

c) *Que la potencia apetitiva se regule según Dios*, lo cual es amarle «con toda el alma», y, finalmente, *que nuestra acción exterior le obedezca en todo*, lo que equivale a amarle «con todas las fuerzas», o «con todo el poder», o «con todas las energías».

Este gran precepto del amor a Dios es especial y distinto de todos los demás. Por lo mismo, obliga por su propia cuenta y razón, recayendo sobre el acto *interior* de la caridad, aunque sin perder de vista su proyección práctica. De ahí que el Señor nos diga en la Sagrada Escritura: «Dame, hijo mío, tu corazón y pon tus ojos en mis caminos» (Prov. 23,36).

Este afecto interior no es preciso que sea *sensible*. Como acto de la voluntad que es, basta que brote de ella misma aunque sea sin repercusión alguna en la parte corporal o sensitiva. Se puede realizar un verdadero acto de amor divino de grandísima intensidad, sin experimentar la menor emoción en la parte sensitiva de nuestro corazón. Sin embargo, sería un gran error el excluir o despreciar el amor sensible cuando éste se presenta espontáneamente. Ese afecto sensible, que consiste en cierta suavidad y gusto en el

apetito sensitivo, es efecto muchas veces de la gracia divina, aunque puede nacer también del temperamento físico, afectivo y sentimental del que lo experimenta. Por eso hay que saberlo regular y encauzar hacia Dios, pero sin despreciarle ni tenerle en menos. Su utilidad consiste principalmente en que, como ocurre con cualquier otra pasión bien ordenada, vuelve más intensos y ardientes los actos de amor, los prolonga mayor tiempo y los repite con más frecuencia. Pero hay que tener siempre mucho cuidado en buscar *al Dios de los consuelos* y no *a los consuelos de Dios*, lo que sería puro egoísmo sensual incompatible con el verdadero amor de Dios.

II

Sus diferentes formas

La caridad o amor afectivo a Dios tiene dos formas principales, llamadas amor de *complacencia* y amor de *benevolencia*. De este último procede el *celo* por la gloria de Dios. Vamos a examinar por separado cada una de estas dos formas.

1.° Amor de complacencia

a) *Noción*. Como expresa su mismo nombre, el amor de complacencia consiste en experimentar *en la voluntad* un sentimiento de alegría y de placer ante la consideración de la grandeza y

felicidad infinita de Dios. El pensamiento de que Dios es infinitamente feliz y no dejará de serlo jamás, ocurra lo que ocurra en el mundo entero, llena al alma de una dicha y felicidad inenarrables. El alma pone su alegría en la alegría de Dios, su felicidad en la felicidad misma de Dios, alegrándose de que nada absolutamente puede añadirse a la beatitud absoluta de que gozan las tres divinas personas de la Santísima Trinidad en el seno de su propia divinidad.

Escuchemos a San Francisco de Sales describiendo admirablemente este amor de complacencia (2):

«Él, alma entregada al amor de complacencia, grita constantemente en su sagrado silencio: Me basta que Dios sea Dios; que su bondad sea infinita; que su perfección sea inmensa. Muera o viva yo, poco me importa, pues mi Amado vive eternamente su vida triunfal. La muerte misma no puede entristecer a quien sabe que su amor soberano vive; bástale saber al amador que Aquel a quien ama más que a sí mismo está colmado de bienes eternos. Esa alma vive más en el que ama que en el cuerpo que ella misma anima; mejor dicho, no vive ella, es su amado quien vive en ella» (Gal. 2, 20).

Para mayor abundamiento en esta doctrina tan sublime del amor de *complacencia*, veamos cómo la describe otro gran maestro de la vida espiritual, el padre Scaramelli (3):

(2) San Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios*, 1.5 c. 3.

(3) P. Juan Bautista Scaramelli, *Director ascético*, 1.4 a. 3 c. 4.

«Si un alma ama a Dios, no digo como a sí (lo que no sería amor, sino grave injuria a su mérito incomparable), sino mucho más que a sí misma, al ver que en Él se halla todo el bien posible y nada le falta de perfección y excelencia; que cuanto se puede concebir de poder, de sabiduría, de belleza, de bondad, de majestad, de inmensidad, de grandeza y de amabilidad, es infinitamente inferior a sus divinos atributos; que Él es sumamente feliz, sumamente contento y sumamente bienaventurado en sí mismo; y que la bienaventuranza de que gozan juntos los bienaventurados en el cielo no es ni aun una gota de felicidad en comparación del inmenso gozo que Él por esencia en sí contiene, ¿cómo no podrá regocijarse de tanto bien como reconoce en el objeto amado y sentir complacencia, contento y gusto, cual si ella estuviese enriquecida de tan eminentes bienes?...

»Así lo hacía el profeta Habacuc, cuando en medio de las miserias de los tiempos más calamitosos cantaba alegre y contento: "Tranquilo espero el día de la aflicción, que vendrá sobre el pueblo que nos oprime. Que no dé sus yemas la higuera, ni sus frutos la vid, falte la cosecha del olivo y no den mantenimiento los campos. Desaparezcan las ovejas del redil y no haya bueyes en los establos. ¡Pero yo me alegraré en Yahvé y me gozaré en el Dios de mi salvación" (Habac. 3, 17-18). No de otra suerte nosotros, si tuviéramos en la mente profundo conocimiento de Dios y en el corazón encendido amor para con Él, nos consolaremos en nuestra pobreza con mirar sus infinitas riquezas, en nuestras desventuras, pensando en su suma bienaventuranza; en nuestros dolores, considerando su impasibilidad y total incapacidad de padecer el más mínimo mal; en nuestra melancolía, contemplando su imperturbabilidad; y con la complacencia y deleite que experimentemos en la plenitud de sus sumos bienes, endulzaremos la as-

pereza de nuestros grandes males. Bienaventurado el que, amando ardientemente a Dios, llegue a esta complacencia de sus inmensas perfecciones, porque gozará en esta vida de un principio de la eterna felicidad y tendrá en la tierra un pequeño paraíso, pues el que tendremos en el cielo consiste precisamente en este amor gozoso que resulta de la vista de las grandezas divinas. Como dice San Lorenzo Justiniano, gozarse en Dios y en sus infinitas perfecciones es un principio de la vida bienaventurada.»

Por su parte, el insigne místico franciscano fray Alonso de Madrid escribe en su preciosa obrita «Arte para servir a Dios» hablando del amor de *complacencia* (4):

«Quiere decir, y notémoslo en gran manera, que acostumbremos nuestra voluntad a que se mueva a amar y holgarse de la gloria y riqueza de su Dios, no porque reciba sabor de amarle, ni por las mercedes de Él recibidas, ni por las que espera; pero, casi olvidado de esto, que le ame como a dignísimo de tener todas las voluntades angélicas y humanas ocupadas en querer y holgarse que Su Majestad tenga todo el bien que tiene, aunque no hubiéramos de tener parte en ello. Y cierto será tanto mayor nuestra parte, cuanto más sin tener ojo a nuestro bien le amáramos...

»La prueba y muestras de este amor sería cuando el que ama, así ama cuando Dios se muestra áspero como cuando se muestra dulce; así cuando Dios se muestra hacer mercedes como cuando con justicia castiga. No ama el que así ama porque Dios es dulce y sabroso, pero ama el dulzor y sabor porque es cosa

(4) FR. ALONSO DE MADRID, *Arte para servir a Dios*, p. 3.ª c. 1 párrafo 3.º.

de Dios y le da aliento para más servir. No se espanta del castigo, pero lo recibe con el amor que demanda la piadosa y real mano de quien le hace. No demanda ni suplica llevado del deseo de suavidad de la merced que pide, pero porque su alma, enriquecida de virtudes, crezca en fuerzas para que el Señor, que hace las mercedes, sea más servido.

»No se enoja por verse alguna vez desamparado de consuelo, pero se duele si hay en él algo que, habiendo ofendido los ojos de tan gran Majestad, sea por eso privado de él. No pide perdón por escapar de la pena o cobrar los bienes perdidos, pero porque su alma, perdonada, sea graciosa y ame sirviendo con limpieza al gran Dios que la creó. No tiene éste ninguna afición que le trabe el corazón, ni se acuerda ni mira si piensan los hombres de él. No le da pena cuando siente ser tenido en poco, mas se entristece y huye de los favores, de miedo que no le sean estorbo para la humildad. Gózase del bien y honra de los otros, creyendo que a ellos, como a más fuertes, aun la honra les favorecerá para servir más a Dios, por el buen ejemplo que sin fingimientos de vanidad desea que reciban los otros.

»Este del todo lo tiene y no tiene nada; a todos se humilla y todos le sirven; todo saber huye y nunca siente sinsabor. En el gran Dios a quien ama, conoce cuanto debe hacer y decir y pensar, y por Él sólo lo hace y dice y piensa. ¡Bienaventurado el que así ama!, porque éste, viviendo, no es él quien vive, pero vive en él Cristo, haciéndole vivir vida divinal. Este, amándose, no se ama a sí mismo, pero ama al muy Alto, por cuyo amor desea todo bien.»

b) *El puro amor.* Como se ve, este amor de complacencia es un amor purísimo y perfectamente desinteresado. El alma no ama a Dios por

las ventajas temporales o eternas que ese amor podría proporcionarle, sino únicamente por agradarle a Él, a quien contempla lleno de infinitas excelencias y perfecciones. Es el *puro amor* de Dios que hacía exclamar al poeta español:

> Aunque no hubiera cielo, yo te amara,
> y aunque no hubiera infierno, te temiera.
> No me tienes que dar porque te quiera;
> pues, aunque lo que espero no esperara,
> lo mismo que te quiero te quisiera.

Este puro amor de Dios, que prescinde en absoluto de toda mira interesada, no puede darse en estado permanente y *habitual* —como ha declarado expresamente la Iglesia al condenar el error de los *quietistas* (Denz 1327)—, porque no podemos ni debemos prescindir de la virtud teologal de la *esperanza* y deseo de nuestra propia felicidad, que encontraremos en la visión y goce fruitivo de Dios; pero sí puede darse, y se da de hecho en los santos, como acto aislado y transitorio.

c) *El amor de preferencia.* Algunos autores hablan de una especie distinta de amor de Dios que llaman amor de *preferencia.* En realidad no se distingue del amor de *complacencia* y aun del amor de caridad en general, pues siempre es absolutamente necesario y obligatorio para salvaguardar la propia virtud de la caridad que nos obliga a amar a Dios *sobre todas las cosas,* o sea, prefiriéndole a todas ellas. De todas formas es interesante y provechoso oír la descripción de ese

amor de preferencia tal como lo hace uno de sus más excelentes panegiristas: el padre Scaramelli. He aquí sus propias palabras llenas de suavidad y unción (5):

«El amor de *complacencia,* de que antes hemos hablado, suele estar lleno de suavidad y dulzura. El amor de preferencia y de aprecio, de que ahora hablamos, está lleno de robustez, porque consiste en una fuerte y constante preferencia que la persona hace de Dios por encima de todos los bienes creados y también de sí misma, por la alta estima que ha formado de su infinita bondad y de su mérito sumo e incomparable. Este amor es el acto más propio de la divina caridad, porque un Dios que no tiene semejante debe ser amado con afecto que no tenga igual en estimación.

»Para que esto se comprenda bien es necesario distinguir el amor apreciativo del amor tierno. El amor tierno consiste en cierta sensibilidad dulce de afecto que se experimenta en el corazón, la cual se manifiesta tal vez con lágrimas y suspiros. El amor apreciativo, aunque esté frecuentemente desnudo de ciertas sensibilidades deleitosas, sin embargo, tiene de Dios estima tan grande, que le antepone a cualquier mal y a cualquier bien creado, pronto a privarse de éste y a sujetarse a aquél antes que ofenderle y disgustarle; antes bien, si el tal amor es perfecto, sólo por darle gusto. El amor tierno, aunque tenga buena apariencia y gran crédito, sin embargo, no es más que un accidente de la caridad, aunque estimable. El amor apreciativo, sin esa apariencia de esplendor, antes tal vez con decaimiento y desmayo en aquellas personas que lo poseen, pareciéndoles que no aman mientras aman, es, sin embargo, la sustancia y el jugo de la divina caridad...

(5) P. Scaramelli, o. c. t. 4 a. 3 c. 1.

»Una persona espiritual ama a Dios con sensibilidad y con dulzura de afecto; derrama amorosas lágrimas, y, amando, halla todas las delicias en su amor. Este es amor tierno y no debe despreciarse, porque es don de Dios; y si se hace buen uso de él, es también provechoso. Pero, si no se junta con el amor de preferencia, por el cual esté pronta a privarse por Dios de los bienes terrenos, de la hacienda, de los parientes, de las honras, de los placeres y aun de la propia vida, y aceptar las penas, los tormentos y también la muerte, siempre que lo requiera la honra de Dios, no es digno de gran estima, porque ese amor parece grande, pero es pequeño; parece fuerte, pero es débil, flaco y afeminado. El amor robusto y varonil es el que, haciendo de Dios la estimación que conviene, le prefiere a todo bien y a todo mal que jamás pueda suceder. Este es amor digno de Dios...

»Admiren otros en otras almas los deliquios suaves de amor, los entendimientos y suspiros, las lágrimas, los éxtasis, los vuelos y los raptos de espíritu; que yo, por lo que a mí toca, estimo más aquel amor que de ninguna cosa hace aprecio en comparación de Dios y que se priva gustoso de todo bien por no carecer del Sumo Bien. Porque si son dignos de aprecio los éxtasis de la mente y los deliquios del amor, sólo son dignos porque acarrean al alma este amor de preferencia y hacen que reine en ella sólo Dios.

»Pero conviene reflexionar que el amor apreciativo, aunque sea siempre de mucha estima, puede subir a grados de mayor perfección

»*a)* Si os halláis dispuestos de manera que, poniéndose delante cualquier bien o cualquier mal mundano, y, por otra parte, una sola ofensa *grave* de Dios, los despreciáis todos por no disgustar a aquella infinita Bondad y escogéis, como dice San Agustín, morir antes por su amor que vivir en su desgracia (*ibi eligat, Deo dilec-*

to emori, quam offenso vivere); hallándoos digo, en este estado, habéis adquirido *el primer grado* de este amor, al cual estamos todos obligados a subir, so pena de incurrir en la enemistad de Dios.

»*b)* Si después estáis prontos a sacrificar todo apetito de placer, de hacienda y de honra, y aún la propia vida entre mil tormentos, por no causar a aquel Ser perfectísimo y amabilísimo el pequeño disgusto de una *falta ligera,* habéis subido en el amor de preferencia a un grado más alto de perfección.

»*c)* Finalmente, si creciere tanto la estima de aquel Bien Sumo, inefable e incomprensible, que estáis pronto a ejecutar su voluntad, aunque no os sea intimada por obligación, sino sólo propuesta por consejo, y también a procurar su mayor gloria y su mayor honra a costa de cualquier trabajo, de cualquier pena y de la misma muerte, el amor apreciativo ha subido ciertamente al estado de la más eminente perfección.

»Si queremos, pues, hacer grandes progresos en la escuela del divino amor, aspiremos con los más fervorosos deseos de nuestro corazón a los grados más sublimes de esta divina caridad, persuadiéndonos de que todo cuanto podemos obrar o padecer por Dios es siempre poco y aún nada. Aun cuando por su amor nos consumiéramos y deshiciéramos en menudo polvo, ¿qué sería esto en comparación de lo que merece infinitamente? Pura nada. Tanto más que, prefiriendo nosotros el Sumo Bien y a todo mal que nos puede suceder, no haremos otra cosa que corresponder al amor que El primero nos ha tenido, pues ha preferido el bien de nuestra salud eterna al bien inmenso de su preciosísima vida, de la cual un solo instante valía más que la vida de todos los hombres, de todos los ángeles y de todas las criaturas posibles.»

2.º Amor de benevolencia

a) *Noción.* Como explica Santo Tomás, la palabra *benevolencia* expresa el acto de la voluntad por el cual queremos el bien para otro (6). Cuando, pensando en un familiar o en un amigo a quien apreciamos mucho, quisiéramos inundarle de toda clase de bienes y felicidades, estamos practicando con relación a él el amor de *benevolencia.*

Escuchemos a San Francisco de Sales explicando admirablemente cómo se practica el amor de *benevolencia* para con Dios (7):

«El amor de benevolencia hacia Dios se practica de este modo. No podemos desear con verdadera eficacia ningún bien a Dios, porque su bondad es infinitamente más perfecta que cuanto podemos desear y pensar. El deseo sólo se tiene de un bien futuro, y ningún bien es futuro respecto a Dios, porque todo bien está en Él tan presente que la presencia del bien en su Divina Majestad es la misma Divinidad.

No pudiendo tener, pues, ningún deseo absoluto en obsequio a Dios, nos formamos deseos imaginarios y condicionales de esta manera «*Yo te digo, Señor, tú eres mi dueño,* que saturado de infinita bondad, *no necesitas de mis bienes* (Sal. 15,2), ni de cosa mía alguna. Mas si, imaginando lo imposible, pudiera pensar que necesitas de al-

(6) II-II, 27, 2.
(7) SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios,* l. 5 c. 6.

gún bien, no dejaría jamás de deseártelo, aun a costa de mi vida, de mi ser y de todo cuanto existe en el mundo. Y aun siendo lo que eres y que nunca dejarás de ser, si fuera posible que recibieras acrecentamiento de bien, ¡oh Dios mío, cómo desearía que lo tuvieses! ¡Cómo quisiera convertir mi corazón en un deseo y mi vida en un suspiro para desearte ese bien! Amado de mi alma, no deseo poder desear bien alguno a tu excelsa Majestad. Me complazco de todo corazón en el grado supremo de bondad que ya posees, al que ni con el deseo ni con el pensamiento puede nadie añadir más. Pero, si el deseo fuera posible, ¡oh divinidad infinita o infinitud divina!, mi alma querría ser este deseo, y ninguna otra cosa desearía desear tanto para ti que lo que se complace en no poder jamás desear; pues la impotencia para cumplir o tener ese deseo proviene de la infinitud de tu perfección, que supera a todo deseo y pensamiento. Yo me complazco en la imposibilidad de poder desearte algún bien, Dios mío, pues ello proviene de la incomprensible inmensidad de tu abundancia; la cual es tan soberanamente infinita, que, si se encontrase un deseo infinito, sería infinitamente absorbido por la infinitud de tu bondad para convertirle en una infinita complacencia.

A este deseo, que nace de la imaginación de cosas imposibles, se puede acudir en tiempo de grandes sentimientos y fervores extraordinarios. Así, se dice que el glorioso San Agustín lo formulaba con frecuencia prorrumpiendo por exceso de amor en estas palabras: «Señor, yo soy Agus-

tín, y tú eres Dios; pero, si sucediera lo que no puede suceder, que yo fuese Dios y tú fueses Agustín, querría cambiar contigo y convertirme en Agustín para que tú fueses Dios».

b) *Efectos del amor de benevolencia.* San Francisco de Sales, que ha analizado quizá como nadie los efectos maravillosos que produce en el alma el amor de Dios, dice que el amor de benevolencia produce principalmente los siguientes efectos (8):

1.° El alma enamorada de Dios se priva gustosa de todos los placeres creados para gozarse con mayor ahínco en Dios. A imitación de San Pablo, que todas las cosas las estimaba como *basura y estiércol con tal de gozar a Cristo* (Flp. 3,8), y a semejanza de María Magdalena, que encontró a los ángeles en el sepulcro del Señor y ni siquiera se fijó en ellos, porque todo su amor estaba concentrado en Él, nada satisface al alma enamorada sino la presencia de su dulce Dios y Señor (c. 7).

2.° Este amor tan ardiente la impulsa a alabar continuamente a Dios y a desear que todas las criaturas le alaben y veneren de algún modo:

«El deseo de alabar a Dios que la santa benevolencia excita en nosotros es insaciable. El alma que de él se siente influida querría poseer alabanzas infinitas para tributárselas al Amado, viendo que sus perfecciones son igualmente infinitas; y encontrándose muy lejos de satisfacer su gusto, realiza esfuerzos sobrehumanos para alabar a su modo bondad tan digna de alabanza» (c. 8).

(8) O. c. capítulos 7-12.

«El corazón, movido e impulsado por el deseo de alabar a Dios todo cuanto pueda, después de varios esfuerzos sale a veces de sí mismo para invitar a todas las criaturas a que secunden sus deseos, como hicieron los tres jóvenes en el horno de Babilonia (Dan 3, 52-90) con aquel admirable cántico de bendiciones, mediante el cual excitaron a cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los abismos a dar gracias al Dios eterno, alabándole y ben diciéndole soberanamente» c. 9).

3.° Esta ansia incontenible de alabar a Dios con todas sus fuerzas hace que el alma desee verse libre de las ataduras que la tienen aprisionada a la tierra para volar al cielo, donde se alaba a Dios de modo incomparablemente más perfecto que en la tierra (c. 10).

4.° Subiendo por grados en este deseo ardiente de alabar al Señor por sus infinitas perfecciones, el alma enamorada se une a las alabanzas que le tributan sin cesar los ángeles y bienaventurados del cielo, particularmente a las de la Reina y Soberana de todos ellos, la Santísima Virgen María «que con su incomparable dulzura alaba y bendice a la Divinidad más altamente, más santamente y más delicadamente de lo que el resto de las criaturas en conjunto sabrían hacerlo jamás». Y, sobre todo, se une a las divinas alabanzas que tributa al Eterno Padre su unigénito Hijo, el Verbo de Dios, hecho hombre por amor a los hombres (c. 11).

5.° Remontándose, finalmente, hasta la cumbre suprema, el alma se une con todas sus fuerzas a la alabanza infinita que resuena desde toda la eternidad en el seno mismo de Dios, donde el

Padre y el Hijo se aman y bendicen mutuamente en ese abismo de fuego que los abrasa y consume en la unidad del Espíritu Santo (c. 12).

ARTICULO II

El amor efectivo a Dios

Hasta aquí hemos venido examinando el amor *afectivo* hacia Dios, que es, propiamente hablando, el acto *interno* de la voluntad con que amamos a Dios, manifestándole nuestra *complacencia* por su infinita bondad o nuestra *benevolencia* deseando que todas las criaturas le amen y bendigan.

Ahora vamos a hablar del amor *efectivo*, que es el amor que se traduce en *obras*. Ya no se trata del afecto interior de la voluntad, manifestado con exclamaciones amorosas más o menos ardientes. Este amor afectivo es, ciertamente el más importante y fundamental, ya que no es otra cosa que el ejercicio directo e inmediato de la virtud de la caridad en sí misma considerada. El amor *efectivo*, en cambio, no procede directa o inmediatamente de la virtud de la caridad, sino de las otras virtudes encargadas de cumplir los preceptos divinos distintos del gran precepto del amor; lo cual no impide que sean, a la vez actos de caridad, puesto que ella misma es la que debe *imperar* esos actos de las demás virtudes, haciendo que tengan una doble moralidad y un doble mérito: el que les corresponde *como actos*

propios de tal o cual virtud y el que les sobreviene por el impulso de la caridad *imperante.* Y así, por ejemplo, un acto de humildad *realizado por amor a Dios* tiene una doble moralidad y un doble mérito: el que corresponde a la propia virtud de la *humildad,* y el que le añade la *caridad* que le impulsó a realizarlo por amor de Dios. Los actos de cualquier virtud *realizados por el imperio de la caridad* reciben el nombre de *amor efectivo* a Dios.

a) *Necesidad.* Hemos visto que el amor interno o *afectivo* es completamente necesario y fundamental. La fórmula bíblica del gran precepto del amor lo expresa con toda claridad: *Amarás,* o sea, pondrás en Dios todo el afecto de tu corazón.

Sin embargo, como ya hemos advertido al describir esa clase de amor, es preciso tener mucho cuidado en no contentarse con un amor puramente sentimental o romántico, que estaría muy lejos de interpretar debidamente la voluntad preceptiva de Dios. Hay que prevenirse, principalmente, contra la ilusión de los que hacen consistir todo su amor a Dios en el goce de consolaciones internas y en el disfrute de suavidades sensibles. Ya hemos dicho que no consiste en estas suavidades y consuelos el verdadero amor de Dios —aun el interno y afectivo—, si bien no deben despreciarse esas ayudas sensibles cuando el Señor misericordiosamente las concede para ayudarnos en la práctica del verdadero amor.

El amor verdadero no va unido necesariamente a esas dulzuras y consolaciones sensibles, aunque

puede ayudarse de ellas cuando se presentan espontáneamente como un regalo de Dios. La piedra de toque del verdadero amor consiste en el ejercicio de las virtudes cristianas. «El amor —dice San Gregorio— hay que probarlo con las obras» (1). Y poco después añade: «El amor nunca está ocioso. Cuando existe, obra siempre grandes cosas; pero, si no quiere obrar, no hay tal amor». El propio Cristo nos advierte claramente esto mismo en multitud de tetos evangélicos:

«Si me amáis, *guardaréis mis mandamientos*» (Jn. 13, 15).

«El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama» (Jn. 14, 21).

«Si alguno me ama, *guardará mi palabra*» (Jn. 14, 23).

«No todo el que dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, *sino el que hace la voluntad de mi Padre*, que está en los cielos» (Mt. 7, 21).

Y el evangelista San Juan nos avisa que «no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad» (1 Jn. 3, 18). Los textos podrían multiplicarse abundantemente.

Es, pues, necesario que al ejercicio interno de la caridad (amor *afectivo*) se añada su manifestación externa en el cumplimiento perfecto de los preceptos de Dios por amor a Él (amor *efectivo*).

A este propósito decía San Vicente de Paúl a sus alumnos (2):

(1) San Gregorio, *Hom. in Evang.* 1. 2, hom. 30 n. 1: ML 76, 1220.

(2) Saint Vincent de Paul, *et le sacerdoce*, p. 45.

«Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios; pero que esto sea a expensas de nuestros brazos, del sudor de nuestros rostros. Porque muy frecuentemente tantos actos de amor a Dios, de complacencia, de benevolencia y de otros semejantes afectos y prácticas internas de un corazón tierno, aunque muy buenos y muy deseables, son, sin embargo, muy sospechosos cuando no se traducen en la práctica del amor efectivo. Es preciso que nos pongamos en guardia contra esto; porque hay muchos que, para tener el exterior bien compuesto y el interior lleno de grandes sentimientos de Dios, se paran en esto; y cuando se llega a la práctica y se encuentran en ocasión de obrar, se quedan cortos. Se glorían de su imaginación calenturienta; se contentan de los dulces coloquios que tienen con Dios en la oración, hablan de ello como los ángeles. Pero al salir de allí y presentarse la ocasión de trabajar por Dios, de sufrir, de mortificarse, de instruir a los pobres, de buscar la oveja extraviada, de complacerse en que les falte alguna cosa, de agradecer las enfermedades o cualquier otra desgracia, ¡ay! ya no son nadie, les falta el valor. La acción buena y perfecta es la verdadera característica del amor a Dios.»

b) Lo QUE EXIGE DE NOSOTROS. Escuchemos a Santo Tomás (3):

«En el acto de amor está incluida la benevolencia, con la que el hombre desea el bien para su amigo, como hemos dicho. Y *como la voluntad es efectiva de lo que quiere, si puede,* por eso hacer bien al amigo se sigue y es una consecuencia del acto de amor».

Ahora bien: como ya dijimos y es cosa clara,

(3) II-II 31, 1.

a Dios no podemos añadirle ni desearle ningún bien *intrínseco* a su divina esencia, puesto que es soberana e infinita y nada le falta ni le puede faltar. Sólo podemos añadirle algo puramente *extrínseco*, o sea, la alabanza y la gloria proveniente de las criaturas, lo cual se manifiesta, ante todo y sobre todo, *practicando por amor* los divinos preceptos y *conformando* totalmente nuestra voluntad a la voluntad divina.

Vamos a examinar por separado esos dos grandes aspectos del amor *efectivo*: el cumplimiento de la ley divina por amor y la perfecta conformidad de nuestra voluntad con la de Dios.

I. El cumplimiento de la ley de Dios por amor

Hay dos maneras muy distintas de cumplir la ley de Dios: en plan de *mercenario*, como los siervos y asalariados, o *por puro amor*, como los hijos. El primero aspira a la recompensa prometida a los que cumplen la ley y a evitar el castigo que amenaza a los que no la cumplen. El segundo quiere, por encima de todo, complacer a Dios, aunque no hubiera cielo que esperar ni infierno que temer. Esta segunda forma es una manifestación espléndida del amor *efectivo* a Dios.

Escuchemos a un celebrado autor explicando admirablemente las delicadezas de este amor (4):

(4) TISSOT, *La vida interior simplificada*, p. 2.ª l. i c. 5 n. 25-26.

«El amor debe producir la fidelidad en la acción. Fidelidad generosa y constante a todo lo que sea la voluntad de Dios; fidelidad hasta en las cosas más pequeñas, viendo en ellas, no su pequeñez en sí mismas —lo cual es propio de espíritus mezquinos—, sino esa otra gran cosa que es la voluntad de Dios; que debemos respetar con grandeza aún en las cosas pequeñas. En este sentido dice San Agustín: "Las cosas pequeñas son pequeñas, pero ser fiel a lo pequeño es una cosa muy grande".»

Así, en los detalles, que a veces son muy gravosos, de las leyes de disciplina o de rúbricas, el sacerdote reconoce, ama y respeta esa cosa grande y santa que es la voluntad de Dios. Así también, en las prescripciones asaz minuciosas de su regla, el religioso sabe ver y respetar esta voluntad siempre grande, siempre infinita, hasta en los más mínimos detalles. Nuestro Señor está todo entero, tan grande, tan vivo, tan adorable en una hostia pequeña como en una grande, lo mismo en la más pequeña partícula como en la hostia entera y con la misma adoración recojo las partículas que una hostia grande. Una cosa parecida sucede con la voluntad de Dios: las más insignificantes prescripciones de mi regla la contienen toda entera, y en ellas la adoro y la acato con la misma devoción que en las cosas grandes; no dejo perder partícula alguna de este bien sagrado.

Y así como en la comunión, por pequeña que sea la hostia, me engrandezco por mi contacto con Dios nuestro Señor, así también en la fidelidad al deber, por pequeñas que sean las observancias a que me someto, siento que mi alma se ensancha y se dilata por mi contacto con Dios. ¡Es cosa tan grande llegarse a Dios...! Y esto es lo único que busco en mi fidelidad a las cosas pequeñas: establecer entre Dios y yo un contacto más perfecto, más continuo, más absoluto, de tal manera que al fin no haya punto alguno que de Él me aparte.

No es, pues, la fidelidad a la prescripción o a la práctica por sí misma la que me atrae, no; esto sería una mezquindad. Es la fidelidad a la prescripción y a la práctica para el contacto divino, y esto es infinito. Así se explica la anchura, el desahogo y la libertad que vemos en el alma de los santos. Los veo fieles a todo y, al mismo tiempo, libres en todo; se siente que no están apegados más que en Dios solamente y que su alma nada quiere que no sea Él. Son exactos en todo, pero con esa exactitud viva, flexible, generosa, que se acomoda a todas las necesidades. No conocen la rigidez farisaica, las escrupulosas minuciosidades ni las inquietudes meticulosas.

Cuando yo comprenda como ellos que mi fin no es ajustarme a la prescripción, sino *ajustarme a Dios por la prescripción* encontraré también, como ellos, esa anchura en la exactitud, esa facilidad en ser fiel, esa grandeza en la pequeñez. Como ellos, también, no me sentiré prisionero, sino libre; no me ahogaré, sino que me ensancharé hasta en los detalles más insignificantes, en apariencia, de las reglas que tenga que observar: «Corrí gozoso por el camino de tus mandamientos cuando ensanchaste mi corazón» (Sal. 118, 32).

Tales son las grandes ventajas del amor *efectivo* y la facilidad y el valor inmenso del cumplimiento de la ley divina por amor.

Veamos ahora, con la extensión que se merece, el otro aspecto del amor *efectivo*, o sea, la plena, total y amorosa conformidad de nuestra voluntad con la voluntad adorable de Dios.

II. La conformidad con la voluntad de Dios

La segunda manifestación externa del amor efectivo a Dios consiste en el perfecto cumpli-

miento de la voluntad de Dios sobre nosotros. Expondremos su *naturaleza, fundamento, excelencia y necesidad, modo de practicarla* y, finalmente, sus grandes *frutos y ventajas* (5).

1. NATURALEZA. Consiste la conformidad con la voluntad de Dios en un *amorosa, entera y entrañable sumisión y concordia de nuestra voluntad con la de Dios en todo cuanto disponga o permita de nosotros.* Cuando es muy perfecta, se la conoce más bien con el nombre de *santo abandono* en la voluntad de Dios. En sus manifestaciones imperfectas se le suele aplicar el nombre de simple *resignación cristiana.*

Para entender rectamente esta doctrina hay que tener en cuenta algunos prenotandos. Helos aquí:

1.º La santidad es el resultado conjunto de la acción de Dios y de la libre cooperación del hombre.

«Ahora bien: si Dios trabaja con nosotros en nuestra santificación, justo es que Él lleve *la dirección de la obra.* Nada se deberá hacer que no sea conforme a sus planes, bajo sus órdenes y a impulsos de su gracia. Es el primer principio y último fin; nosotros hemos nacido para obedecer a sus determinaciones» (6).

2.º La voluntad de Dios, simplicísima en sí misma e identificada totalmente con la propia

(5) Cf. nuestra *Teología de la perfección cristiana,* 5.ª ed. B. A. C. (Madrid, 1968), ns. 627-633.

(6) DOM VITAL LEHODEY, *El santo abandono,* p. 1.ª c. 1.

divina esencia (7), considerada en relación con las criaturas y según nuestra pobre manera de concebir las cosas, la voluntad divina tiene diversos actos, por razón de los cuales establecen en ella los teólogos las siguientes principales divisiones:

a) Voluntad significada y de beneplácito.
b) Voluntad absoluta y condicionada.
c) Voluntad antecedente y consiguiente.
d) Voluntad simple y ordenada.
e) Voluntad necesaria y libre.
f) Voluntad eficaz e ineficaz.

Todas estas divisiones tienen una gran importancia, sobre todo en el estudio de la divina Providencia y de la predestinación. Pero aquí nos interesa destacar, ante todo, la primera de las enunciadas, o sea, la voluntad *significada* y la de *beneplácito*.

Se entiende por voluntad *significada* la que ya ha sido manifestada por Dios a través de sus mandamientos, consejos, prohibiciones, etc. como veremos en seguida. Y la voluntad divina *de beneplácito* es el acto interna de la voluntad de Dios aún no manifestado ni dado a conocer. Escuchemos al padre Garrigou Lagrange explicando esta doctrina (8):

(7) En este sentido, y hablando con todo rigor y exactitud teológica, habría que decir que Dios *no tiene* voluntad, sino que *Es Voluntad Infinita*, identificada con la propia esencia divina, como dice Santo Tomás (Cf. I, 19, 1 ad 3).

(8) GARRIGOU LAGRANGE, *La Providencia y la confianza en Dios*, p. 2.ª c. 7.

«Se entiende por *voluntad divina significada* (o voluntad *de signo*) ciertos signos de la voluntad de Dios como los preceptos, las prohibiciones, el espíritu de los consejos evangélicos, los sucesos queridos o permitidos por Dios. La voluntad divina significada de ese modo, mayormente la que se manifiesta en los preceptos, pertenece al dominio de la *obediencia*. A ella nos referimos, según Santo Tomás, al decir en el Padrenuestro: *Hágase tu voluntad*. (9)

La voluntad divina *de beneplácito* es el acto interno de la voluntad de Dios aún no manifestado ni dado a conocer. De ella depende el porvenir todavía incierto para nosotros: sucesos futuros, alegrías y pruebas de breve o larga duración, hora y circunstancias de nuestra muerte, etc. Como observa San Francisco de Sales (10), y con él Bossuet (11), si la voluntad significada constituye el dominio de la *obediencia*, la voluntad de beneplácito pertenece al *abandono en las manos de Dios*. Como largamente expondremos más tarde, ajustando cada día más nuestra voluntad a la de Dios *significada*, debemos en lo restante abandonarnos confiadamente en el divino beneplácito, ciertos de que nada quiere ni permite Dios que no sea para el bien espiritual y eterno de los que aman al Señor y perseveran en su amor.»

Se trata, efectivamente, del cumplimiento íntegro, amoroso y entrañable de la voluntad significada de Dios a través de sus *operaciones, permisiones, preceptos, prohibiciones y consejos* —que son, según Santo Tomás, los cinco signos de esa voluntad divina, como expondremos más

(9) Cf. I, 19, 11.

(10) SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios*, l. 8 c. 3; l. 9 c. 6.

(11) BOSSUET, *Etats d'oraison*, I, 8, 9.

abajo— y de la rendida aceptación y perfecta concordia con todo lo que se digne disponer por su voluntad *de beneplácito.*

2. FUNDAMENTO. Como dice muy bien Lehodey, la perfecta conformidad con la voluntad divina, o *santo abandono,* tiene por fundamento la gran virtud de la caridad. He aquí sus palabras (12):

> «No se trata aquí ya de la conformidad con la voluntad divina como simple *resignación,* sino de la *entrega amorosa, confiada y filial,* de la pérdida completa de nuestra voluntad en la de Dios, pues propio es del amor unir así estrechamente las voluntades. Este grado de conformidad es también un ejercicio muy elevado del *puro amor,* y no puede hallarse de ordinario sino en las almas avanzadas, que viven principalmente de ese puro amor.»

¿Cuáles son los principios teológicos en los que puede apoyarse esta omnímoda sumisión y conformidad con la voluntad de Dios? El padre Garrigou Lagrange señala los siguientes (13):

1.° Nada sucede que desde toda la eternidad no lo haya Dios previsto y querido o, por lo menos, permitido.

2.° Dios no puede querer ni permitir cosa alguna que no esté conforme con el fin que se propuso al crear, es decir, con la manifestación de su bondad y de sus infinitas perfecciones y con la gloria del Verbo encarnado, Jesucristo, su Hijo unigénito (1 Cor. 3,23).

(13) P. GARRIGOU LAGRANGE, c. c. p. 4.ª c. 1.

3.º Sabemos que «*todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios,* de aquellos que, según sus designios, han sido llamados» (Rom. 8,28) y perseveran en su amor.

4.º Sin embargo, el abandono en la voluntad de Dios a nadie exime de esforzarse en cumplir la voluntad de Dios *significada* en los mandamientos, consejos y sucesos, abandonándonos en todo lo demás a la voluntad divina de *beneplácito* por misteriosa que nos parezca, evitando toda inquietud y agitación».

3. EXCELENCIA Y NECESIDAD. Por lo que llevamos dicho, aparece clara la gran excelencia y necesidad de la práctica cada vez más perfecta del *santo abandono* en la voluntad de Dios.

«Lo que constituye la excelencia del *santo abandono* —dice Lehodey— (14) es la incomparable eficacia que posee para remover todos los obstáculos que impiden la acción de la gracia, para hacer practicar con perfección las más excelsas virtudes y para establecer el reinado absoluto de Dios sobre nuestra voluntad.»

El padre Piny, escribió una hermosa obrita para poner de manifiesto la excelencia de la vida de abandono en la voluntad de Dios (15). En ella prueba el insigne dominico que ésta es la vía que más glorifica a Dios, la que santifica más al alma, la menos sujeta a ilusiones, la que proporciona al alma mayor paz, la que mejor hace practicar las virtudes teologales y morales, la más a pro-

(14) P. LEHODEY, c. c. p. 4.ª c. 1.
(15) P. PINY. *El cielo en la tierra* (Avila, 1947).

pósito para adquirir el espíritu de oración, la más parecida al martirio e inmolación de sí mismo y la que más asegura en la hora de la muerte.

En cuanto a la necesidad de entrar por esta vía puede demostrarse por un triple capítulo:

1.° EL DERECHO DIVINO. *a*) Somos *siervos de Dios,* en cuanto criaturas suyas. Dios nos creó, nos conserva continuamente en el ser, nos redimió, nos ha ordenado a Él como a nuestro último fin. No nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a Dios (1 Cor. 6,19).

b) Somos *hijos de Dios y amigos de Dios:* el hijo debe estar sometido a su Padre por amor, y la amistad produce la concordia de voluntades: *idem velle et nolle.*

2. NUESTRA UTILIDDAD, por la gran eficacia santificadora de esta vía. Ahora bien: la santidad es el mayor bien que podemos alcanzar en este mundo y el único que tendrá una inmensa repercusión eterna. Todos los demás bienes palidecen y se esfuman ante él.

3.° EL EJEMPLO DE CRISTO. Toda la vida de Cristo sobre la tierra consistió en cumplir la voluntad de su Padre celestial. «Al entrar en el mundo dijo: He aquí que vengo para hacer, Dios mío, tu voluntad» (Hebr. 10, 5-7). Durante su vida manifestó continuamente que estaba pendiente de la voluntad de su Padre celestial: «Me conviene estar en las cosas de mi Padre» (Lc. 2,49). «Yo hago siempre lo que a Él le agrada» (Jn. 10,18). «No se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc. 22, 42).

A imitación de Cristo, ésta fue toda la vida de

María: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1, 38) y la de todos los santos: «Mira y obra conforme al ejemplar» (Ex. 25,40).

4. MODO DE PRACTICARLA. En sus líneas fundamentales ya lo hemos indicado más arriba. Hay que conformarse, ante todo, con la voluntad de Dios *significada*, aceptando con rendida sumisión y esforzándose en practicar con entrañas de amor todo lo que Dios ha manifestado que quiere de nosotros a través de los preceptos de Dios y de la Iglesia, de los consejos evangélicos, de los deberes del propio estado, de las inspiraciones de la gracia en cada momento. Y hemos de abandonarnos enteramente, con filial confianza, a los ocultos designios de su voluntad de *beneplácito* que, de momento, nos son completamente desconocidos: nuestro porvenir, nuestra salud, nuestra paz o inquietudes, nuestros consuelos o arideces, nuestra vida corta o larga. Todo está en manos de la Providencia amorosa de nuestro buen Dios, que es, a la vez, nuestro Padre amantísimo: que haga lo que quiera de nosotros en el tiempo y en la eternidad.

Esto es lo fundamental en sus líneas generales. Pero para mayor abundamiento, vamos a concretar un poco más la manera de practicar esta santa conformidad y abandono en las principales circunstancias que se pueden presentar en nuestra vida.

a) Con relación a la voluntad significada

De cinco maneras, según Santo Tomás (16), se nos manifiesta o significa la voluntad de Dios:

1.ª Haciendo algo directamente y por sí mismo: *Operación.*
2.ª Indirectamente, o sea, no impidiendo que otros lo hagan: *Permisión.*
3.ª Imponiendo su voluntad por un precepto propio o de otros: *Precepto.*
4.ª Prohibiendo en igual forma lo contrario: *Prohibición.*
5.ª Persuadiendo la realización u omisión de algo: *Consejo.*

El Doctor Angélico advierte que la *operación* y el *permiso* se refieren al *presente:* la operación, al bien, y el permiso, al mal. Los otros tres modos se refieren al *futuro* en la siguiente forma: el *precepto,* al bien futuro necesario; la *prohibición,* al mal futuro que es obligatorio evitar; y el *consejo,* a la sobreabundancia del bien futuro. No cabe establecer una división más perfecta y acabada, como no podía esperarse menos del genio ordenador de Santo Tomás.

Examinemos ahora con detalle los principales modos de conformarnos con cada una de esas manifestaciones de la voluntad de Dios significada:

1.ª *Operación.* Dios *siempre quiere positivamente lo que hace por sí mismo,* porque siempre

(16) Cf. I, 19, 12.

se refiere al bien y siempre está ordenado a su mayor gloria. A este capítulo pertenecen todos los acontecimientos individuales, familiares y sociales, que han sido dispuestos por Dios mismo y no dependen de la voluntad de los hombres. Unas veces esos acontecimientos son dulces, y nos llenan de alegría; otras son amargos, y pueden sumirnos en la mayor tristeza si no vemos en ellos la mano amorosísima de Dios que ha dispuesto aquello para su mayor gloria y nuestro mayor bien. Una enfermedad providencial puede arrojar en brazos de Dios a un alma extraviada. Todo lo que el Señor *dispone* es bueno y óptimo para nosotros, aunque de momento pueda causarnos gran tristeza o dolor. Antes estos acontecimientos prósperos o adversos, individuales o familiares, que nos vienen *directamente de Dios* sin intervención alguna de los hombres (v. gr., accidentes imprevistos, enfermedades incurables, muerte de familiares o amigos, etc.) sólo cabe una actitud verdaderamente cristiana: *fiat voluntas tua.* Si el amor de Dios nos hace rebasar la simple *resignación* —que es virtud muy imperfecta y de principiantes— y lanzamos, aunque sea a través de nuestras lágrimas, una mirada al cielo llena de reconocimiento y gratitud (*Te Deum, Magnificat...*) por habernos visitado con el dolor, habremos llegado a la perfección en la vía de *abandono* y de perfecta conformidad con la voluntad de Dios.

2.ª *Permisión.* Dios *nunca quiere positivamente lo que permite,* porque se refiere a un mal, y Dios no puede querer el mal. Pero su infinita

bondad y sabiduría sabe convertir en mayor bien el mismo mal que permite, y por esto precisamente lo permite. El mayor mal y el más grave desorden que se ha cometido jamás en el mundo fue la crucifixión de nuestro Señor Jesucristo, y Dios supo ordenarla al mayor bien que ha recibido jamás la humanidad pecadora: su propia redención.

¡Qué mirada tan corta y qué funesta miopía la nuestra cuando en los males que Dios permite que vengan sobre nosotros nos detenemos en las *causas segundas* o inmediatas que los han producido (v.gr., la malicia de los hombres) y no levantamos los ojos al cielo para adorar los designios de Dios, que las permite para nuestro mayor bien! Burlas, persecuciones, calumnias, injusticias, atropellos, etc., etc., de que somos víctimas son, ciertamente, pecados ajenos, que Dios no puede querer en sí mismos, pero los *permite* para nuestro mayor bien. ¿Cuándo sabremos remontarnos por encima de las causas segundas para ver en todo ello la providencia amorosa de Dios, que nos pide, no la venganza o el desquite, sino el amor y la gratitud por ese beneficio que nos hace? En la injusticia de los hombres hemos de ver la justicia de Dios, que castiga nuestros pecados, y hasta su misericordia, que nos los hace expiar.

3.ª *Precepto.* Ante todo y sobre todo es preciso conformarse con la voluntad de Dios *preceptuada*: «Porque antes pasarán el cielo y la tierra que falte una jota o una tilde de la Ley hasta que todo se cumpla» (Mt. 5,18). Sería la-

mentable extravío y equivocación tratar de agradar a Dios con prácticas de supererogación inventadas y escogidas por nosotros, y descuidando los preceptos que Él mismo nos ha impuesto directamente o por medio de sus legítimos representantes. Mandamientos de Dios y de la Iglesia, preceptos de los superiores, deberes del propio estado: he ahí lo primero que hemos de cumplir hasta el detalle si queremos conformarnos plenamente con la voluntad de Dios manifestada. Tres son nuestras obligaciones ante esos preceptos:

a) *Conocerlos*: «No seais insensatos, sino entendidos de cuál es la voluntad del Señor (Ef. 5,17).

b) *Amarlos*: «Yo amo tus mandamientos más que el oro purísimo» (Sal. 118,127).

c) *Cumplirlos*: «Porque no todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos» (Mt. 7,21).

4.ª *Prohibición.* El primer paso y el más elemental e indispensable para conformar nuestra voluntad con la de Dios, ha de ser evitar cuidadosamente el pecado, que le ofende, por pequeño que sea o parezca ser. Escuchemos a Santa Teresa de Jesús (17):

«Pecado muy de advertencia, por chico que sea, Dios nos libre de él. ¡Cuánto más que no hay poco, siendo contra una tan gran Majestad y viendo que nos está mirando! Que esto me pareec a mí es pecado sobrepen-

(17) SANTA TERESA, *Camino de perfección*, 41, 3.

sado y como quien dice: Señor, aunque os pese, esto haré; ya veo que lo veis y sé que no lo queréis y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo y apetito que no vuestra voluntad. Y que en cosa de esta suerte hay poco, a mí no me lo parece por leve que sea la culpa, sino mucho y muy mucho.» Nada se puede añadir a estas juiciosas palabras de Santa Teresa.

Pero puede ocurrir que, a pesar de nuestros esfuerzos, incurramos en alguna falta y acaso en un pecado grave. ¿Qué debemos hacer en estos casos? Hay que distinguir en toda falta dos aspectos: la ofensa de Dios y la humillación nuestra. La primera hay que rechazarla con toda el alma; nunca la deploraremos bastante, por ser el único mal verdaderamente digno de lamentarse. La segunda, en cambio, hemos de aceptarla plenamente, gozándonos de recibir en el acto ese castigo que empieza a expiar nuestra falta: «Bien me ha estado ser humillado, para aprender tus mandamientos» (Sal. 118,71). Hay quien, al arrepentirse de sus pecados, lamenta más la humillación que le han acarreado (v.gr., ante el confesor) que la misma ofensa de Dios. ¿Cómo es posible que una contrición tan *humana* produzca verdaderos frutos sobrenaturales? (18).

5.ª *Consejo.* El alma que quiera practicar en toda su perfección la total conformidad con la voluntad de Dios, ha de estar pronta a practicar los consejos evangélicos —al menos *en cuanto a su espíritu,* si no es persona consagrada a Dios

(18) Cf. TISSOT, *La vida interior simplificada,* p. 2.ª l. 3 c. 10 donde expone por extenso estas ideas.

por los votos religiosos— y a secundar los movimientos interiores de la gracia que le manifiestan lo que Dios quiere de ella en un momento dado.

b) Con relación a la voluntad de beneplácito

Los designios de Dios en su voluntad de beneplácito nos son —decíamos— enteramente desconocidos. No sabemos lo que Dios tiene dispuesto sobre nuestro porvenir o el de los seres queridos. Pero sabemos ciertamente tres cosas: a) que la voluntad de Dios es la causa suprema de todas las cosas; b) que esa voluntad divina es esencialmente buena y bienhechora, y c) que todas las cosas prósperas o adversas que pueden ocurrir contribuyen al bien de los que aman a Dios y quieren agradarle en todo. ¿Qué más podemos exigir para abandonarnos enteramente al beneplácito de nuestro buen Dios con la misma confianza filial de un niño pequeño en brazos de su madre?

Es la *santa indiferencia* que recuerda San Ignacio en el «Principio y fundamento» de sus *Ejercicios espirituales* como disposición básica y fundamental de toda la vida cristiana:

«Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido. De tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en

todo lo demás; solamente eligiendo y deseando lo que más nos conduce para el fin que somos creados». (19).

Claro que es preciso, entender rectamente esta indiferencia para no dar en los lamentables extravíos del quietismo y sus derivados. Examinemos cuidadosamente su *fundamento, naturaleza* y *extensión.*

1. FUNDAMENTO DE LA SANTA INDIFERENCIA. La santa indiferencia se apoya en aquellos tres principios teológicos que acabamos de recordar, que son su fundamento inconmovible. Es evidente que si la voluntad divina es la causa suprema de todo cuanto ocurre, y ella es infinitamente buena, santa, sabia, poderosa y amable, la conclusión se impone: cuanto más se conforme y coincida mi voluntad con la de Dios, tanto más buena, santa, sabia, poderosa y amable será. Nada malo puede ocurrirme con ello, pues los mismos males que Dios permita que vengan sobre mí contribuirán a mi mayor bien si sé aprovecharme de ellos en la forma prevista y querida por Dios.

2. NATURALEZA. Para precisar la naturaleza y verdadero alcance de la *santa indiferencia* hay que tener en cuenta dos principios fundamentales:

a) Esta indiferencia se entiende solamente *según la parte superior del alma.* Porque, sin duda alguna, la parte inferior o inclinación natural no puede menos de sentir y acusar los golpes del infortunio o la desgracia. Sería tan imposible

(19) SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales,* n. 23: Principo y fundamento.

pedirle a la sensibilidad que no sienta nada ante el dolor como decirle a una persona que acaba de encontrarse con un león amenazador: *no tengas miedo.* No es posible dejarlo de tener (San Francisco de Sales). De donde no hay que turbarse cuando se *siente* la repugnancia de la naturaleza, con tal de que *la voluntad* quiera aceptar aquel dolor como venido de la mano de Dios, a pesar de todas las protestas de la sensibilidad inferior. Este es exactamente el ejemplo que nos dio Nuestro Señor Jesucristo, quien por una parte deseaba ardientemente sufrir su pasión («Con gran deseo he deseado...» Lc. 22,15) y, por otra parte, acusaba el dolor de la parte sensible («Me muero de tristeza« Mt. 26,38; «Si es posible que pase de mí este cáliz» Mt. 26,39; «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? »Mt. 27,46). Y cuando San Juan de la Cruz lanzaba su heroica exclamación: «Padecer, Señor, y ser despreciado por vos», o Santa Teresa su «o morir o padecer», o Santa Magdalena de Pazzis su «no momir, sino padecer», es evidente que no lo decían según la parte inferior de su sensibilidad —pues eran de carne y hueso como todos los demás—, sino únicamente según su voluntad superior, que querían someter totalmente al beneplácito divino a despecho de todas las protestas de la naturaleza sensible.

b) Esta indiferencia, finalmente, no es *meramente pasiva,* sino verdaderamente *activa,* aunque determinada únicamente por la voluntad de Dios. En los casos en que esta voluntad divina aparece ya manifestada (voluntad *significada*), la

voluntad del hombre se lanza a cumplirla con generosidad rápida y ardiente. Y en los que la divina voluntad no se ha manifestado todavía (voluntad *de beneplácito*) está en estado de *perfecta disponibilidad* para aceptarla y cumplirla apenas se manifieste.

Esta indiferencia, pues, nada tiene que ver con la quietud ociosa e inactiva que soñaron los *quietistas*, justamente condenada por la Iglesia (20).

3. EXTENSIÓN DE LA SANTA INDIFERENCIA. «La indiferencia —dice San Francisco de Sales (21)— se ha de practicar en las cosas referentes a la *vida natural*, como la salud, la enfermedad la hermosura, la fealdad, la flaqueza, la fuerza etc.; en las cosas de la *vida social*, como los honores, categorías y riquezas; en los diversos estados de la *vida espiritual*, como las sequedades, consuelos, gustos y arideces; en las acciones, en los sufrimientos y, en fin, en toda clase de acontecimientos o circunstancias».

En los capítulos siguientes describe maravillosamente el santo obispo de Ginebra cómo hay que practicar esta indiferencia omnímoda y abondono total a la voluntad de Dios en las más difíciles circunstancias: *en las cosas del servicio de Dios,* cuando Él permite el fracaso después de haber hecho por nuestra parte todo cuanto podíamos; *en nuestro adelantamiento espiritual,* cuando, a pesar de todos nuestros esfuerzos, parece que no adelantamos nada; *en la permisión de los pecados ajenos,*

(20) Cf. Denz 1221 s.

(21) SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dos,* l. 9 c. 5.

que hemos de odiar en sí mismos, pero adorando a la vez la divina permisión, que no los permite jamás sino para sacar mayores bienes; *en nuestras propias faltas*, que hemos de odiar y reprimir, pero aceptando a la vez la humillación que nos reportan y doliéndonos de ellas con un «arrepentimiento fuerte, sereno, constante y tranquilo, pero no inquieto, turbulento ni desalentado», etc. etc. Es preciso leer despacio esas preciosas páginas llenas de delicadas sugerencias e ingeniosas comparaciones, que constituyen como el código fundamental que han de tener en cuenta las almas en su vida de total abandono a la divina voluntad.

Una última cuestión. ¿Hay que llegar en este omnímodo abandono a hacerse indiferente a la propia salvación, como decían los quietistas y semiquietistas?

¡De ninguna manera! Este delirio y extravío está expresamente condenado por la Iglesia (22). Dios quiere que todos los hombres se salven (1 Tim. 2,4), y solamente permite que se condenen los que voluntariamente se empeñan en ello conculcando sus mandamientos y muriendo impenitentes. Renunciar a nuestra propia salvación con el pretexto de practicar con mayor perfección el abandono total en manos de Dios sería oponernos claramente a la voluntad misma de Dios, que quiere salvarnos, y al apetito *natural* de nuestra propia felicidad, que nos viene del mismo Dios a través de la naturaleza. Lo único que se debe hacer es desear nuestra propia salvación, no sólo ni principalmente porque con ella alcan-

(22) Cf. Denz 1227.

zaremos nuestra felicidad, sino ante todo porque Dios lo quiere, y con ella le glorificaremos con todas nuestras fuerzas. El motivo de la gloria de Dios ha de ser el primero y debe prevalecer por encima del de nuestra propia felicidad, pero sin renunciar jamás a esta última, que entra plenamente, aunque en segundo lugar, en el mismo querer y designio de Dios.

4. FRUTOS Y VENTAJAS DE LA VIDA DE ABANDONO EN DIOS. Son inestimables los frutos y ventajas de la vida de perfecto abandono en la amorosa Providencia de Dios. Aparte de los ya señalados al hablar de su excelencia, merecen recordarse los siguientes (23):

1.º Nos hace llevar una vida de dulce intimidad con Dios, como el niño en brazos de su madre.

2.º El alma camina con sencillez y libertad. No desea más que lo que Dios quiera.

3.º Nos hace constantes y de ánimo sereno a través de todas las situaciones: Dios lo ha querido así y esto nos basta.

4.º Nos llena de paz y de alegría. Nada puede sobrevenir capaz de alterarlas, pues sólo queremos lo que Dios quiera.

5.º Nos asegura una muerte santa y un gran valimiento delante de Dios. En el cielo, Dios cumplirá la voluntad de los que hayan cumplido la de Él en la tierra.

(23) DOM VITAL LEHODEY, *El santo abandono*, p. 4.ª c. 2, donde comenta ampliamente estos frutos.